DIEGO CAROCA

LAS PUERTAS DEL OLVIDO



Áurea Ediciones

© Las puertas del olvido
Sello: Tricéfalo
Primera edición:
© Diego Caroca
Edición general: Aldo Berríos
Ilustración de portada: José Canales
Corrección de textos: Virginia Berner
Diagramación: Marcela Bruna

© Áurea Ediciones
www.aureaediciones.cl
Errázuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile
ISBN: 978-956-6183-38-9
Registro de Propiedad Intelectual: 2023-A-1361



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,
sin permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

"No tememos a la muerte, tememos que nadie note nuestra ausencia. Que desaparezcamos sin dejar rastro".

—T. S. Eliot.

Para quienes han olvidado y quienes han visto olvidar.
Para Campanita, los hermanos Fernando y Claudio, y todos aquellos en quienes se inspiran los pobladores de San Carmen.
Algunos de ellos, que en paz descansen.

1. San Carmen



Despierto.

Me siento cansado. No, agotado.

Abro los ojos, suspiro y me resigno a un nuevo día en la misma sala del hospital. El tic-tac del reloj en la pared. Una fotografía de unas montañas colgada en lo alto. El movimiento interminable de enfermeros. Ruidos de un televisor, mezclado con interferencia. El pitido constante de un monitor de signos vitales.

Todo esto lo veo, que yo recuerde, por primera vez.

"Que yo recuerde…"

Esas palabras ya no significan nada.

Con angustia, cierro los ojos y trato de aferrarme a recuerdos felices. ¿Pero a quién quiero engañar? No logro encontrar nada.

No sé cuánto tiempo pasa. Pero al abrir los ojos, veo que hay alguien de pie, a mi izquierda. Distingo en su rostro una sonrisa forzada.

—Hola, hijo —dice, con voz tranquila, quizá forzada también—. Estaba pensando en llevarte a otro lugar, a cambiar de aire, por un tiempo. Con todo lo que ha pasado, creo que los dos lo necesitamos. ¿Qué dices?

Como buen lunes por la mañana, batallo contra la cama y el sueño. Aplazo la alarma, me tapo con las sábanas y me doy vuelta. Suena la segunda alarma, hago lo mismo. Y antes

de que mi papá aparezca para obligarme a levantar e ir al colegio, un pensamiento extraño cruza mi mente: hoy es un día importante.

Me incorporo de golpe, tomo el teléfono y repaso mentalmente los últimos días. ¿Por qué sería hoy importante? Quizás es más bien de algo que estaba soñando. Sí, debe ser eso. Hoy solo es un lunes como cualquier otro.

Reviso WhatsApp —no hay mucho que ver, en todo caso—. Me levanto, me ducho, me visto y tomo desayuno. Antes de salir de casa, mi papá me reclama que guarde el polerón en el clóset, en vez de dejarlo sobre la silla, diciendo que ya es primavera y no hace frío. No tengo excusas contra eso, así que le digo que lo haré más tarde, aunque sé que probablemente no sea así.

Con el uniforme escolar puesto y la mochila al hombro, salgo de casa. Y mientras empiezo a caminar calle abajo, alzo la vista.

El pueblo de San Carmen —los lugareños insisten en decirle "pequeña ciudad"—tiene una vista preciosa. Está rodeado por una cadena montañosa, en invierno cubierta de nieve, y ahora verde otra vez. Se trata de un lugar olvidado en el sur de Chile, con apenas más de, no sé, ¿dos mil habitantes?, y que ni siquiera aparece en los mapas.

Si me preguntaran dónde queda exactamente o cómo llegar, tampoco sería capaz de responder, y eso que llevo año y medio aquí ya. De no tratarse de un pequeño lugar aislado, que además se cierra a los que vienen de afuera, de seguro las montañas atraerían mucho turismo por aquí.

Ahora, a fines de septiembre, es mi segunda primavera en San Carmen y la verdad es que no ha estado tan mal.

No ha estado tan mal.

¿A quién engaño? Ha sido un verdadero suplicio. No quiero sonar negativo, pero realmente ha sido difícil.

Oigo la micro acercarse desde calle arriba y alzo el brazo para que se detenga. No es necesario; el conductor, Mauricio

Soto, es el mismo que me ha recogido todas las mañanas desde hace año y medio en este mismo paradero. Sabe que subiré tal y como siempre. No es necesario hacerle señas pero, siendo sincero, me gusta mantener esa costumbre citadina, me hace sentir en casa.

Una vez dentro de la micro, noto que esta va repleta de compañeros de colegio y está hecha un griterío: garabatos por aquí, chistes por allá, una que otra carcajada estruendosa y pelotas de papel volando de un extremo a otro. Extrañamente, eso también me hace sentir en casa.

Hasta febrero del año pasado, mi papá y yo vivíamos en Santiago, la capital de Chile. Bueno, mi papá, mi… mamá, y yo, mejor dicho. Pero después de que pasaron cosas con ella, él y yo acabamos mudándonos aquí, los dos solos.

Hoy, lunes de fines de septiembre, ha pasado más de año y medio desde aquel incidente con ella… mi mamá. Y aunque no me atormenta como al principio, aún duele. Por eso, no quiero hablar de eso y preferiría no oírlo. Y cada vez que sale el tema, lo evito. De hecho, nadie aquí en la ciudad pequeña —pueblo— sabe lo que ocurrió allá en Santiago. Se inventan rumores vergonzosos y trágicos sobre un accidente o un asesinato, pero no tienen idea. Y así es mejor, porque de saberlo, no pararían de burlarse. O me tendrían compasión, que es casi peor. Enterrado, el pasado duele menos.

En fin, luego de lo que pasó, vinimos aquí: a un lugar alejado de todo, en el que no conocía a nadie, con un único colegio, un pequeño centro de salud y un pequeño cine con dos salas y películas estrenadas hace medio siglo. Bueno, sí, estoy exagerando, películas de hace dos o tres años. Hay internet, pero con una calidad que fluctúa mucho durante el día. Aunque eso no fue problema al principio. Cuando llegué, en marzo del año pasado, quería saber lo menos posible del mundo exterior. Es una pena que el mundo de San Carmen no quiera saber nada de mí tampoco.

No es que me lleve mal con la gente de aquí. Pero como

vengo de afuera, me excluyen de todas sus conversaciones y actividades.

Mientras la micro avanza, recuerdo fugazmente mi primer día de clases: todos apartaban la mirada y se alejaban, y me ignoraban cuando los saludaba o intentaba conversar. Recuerdo que un compañero de curso, Miguel Toledo, en un momento pasó junto a mí e ignoró mi sonrisa y mi "Hola", pero saludó con mucho entusiasmo al chico que iba detrás de mí.

Por suerte, no soy el único al que marginan… Por la ventana, me fijo en el siguiente paradero, que está vacío. Sofía Inderbetzin es mi única amiga aquí, y si no está esperando la micro, es porque hoy faltará a clases otra vez. Ella es un bicho raro por otras razones, pero el problema es que somos los únicos.

Desde el fondo de la micro, un grupito se burla del peinado de un chico. Giro la mirada hacia atrás, se trata de chicos de tercero y cuarto medio, entre ellos un compañero mío, Samuel Calderón. Su principal hobby es burlarse de todo lo que se mueva y el hobby principal de todo San Carmen es reírse de sus burlas.

Ahora se ríe del peinado de un chico, unos años menor que yo, que va a la misma altura que yo en la micro. Durante el fin de semana intentó cortarse el pelo por sí solo, pero le quedaron un par de pifias que el fin de semana no alcanzó a cubrir. Eso es suficiente para que todos se burlen de él. Algunos de mis compañeros pueden ser despiadados… No, corrijo, son despiadados. A la Sofi le han hecho la vida imposible por años, y a mí igual, pero durante menos tiempo. Burlarse de mí es prácticamente para lo único que sí me consideran.

—Oigan, déjenlo tranquilo —grito hacia atrás—. Samuel, ¿quieres que te recuerde el mohicano fallido que intentaste hacerte tú solo, el año pasado?

La micro estalla en risas y yo suelto una también. Por sobre ellas, Samuel me lanza una burla: que de seguro mi mamá me abandonó porque no me quería. Hago como si

no me afectara, aunque no es cierto. Al menos, sin embargo, ayuda a que no sigan burlándose. Mostrarme afectado solo los motivaría a seguir y seguir. En verdad, algunos compañeros sí que son despiadados, por eso lo mejor es que no sepan lo que realmente pasó en Santiago con mi mamá.

Luego de que las risas se calman y el grupito de Samuel se concentra, miro hacia un costado. En concreto, poso la mirada al chico del cual se estaban burlando. No sé su nombre, pero lo conozco de cara. Creo que es tres años menor, de octavo básico. Me está mirando, sonriendo levemente, como si quisiera agradecerme, pero no supiera cómo o no se atreviera a hacerlo directamente. Para él, alguien venido de la ciudad es, por mucho que lo defienda de las burlas, un bicho raro.

La micro se detiene en la entrada del colegio y todos descendemos mientras nos despedimos de Mauricio Soto, el conductor. En un completo desorden, característico de cualquier colegio por la mañana, cruzamos la puerta principal y cada uno se dirige a su sala.

La escuela es, al igual que todo en este lugar, pequeña. Las salas están dispuestas alrededor de un patio central, el cual tiene espacio para una única y pequeña multicancha. Las marcas en ella, de diferentes colores para diferenciar los deportes —blanco para fútbol, azul para básquetbol, amarillo para hándbol, rojo para vóleibol—, se han desgastado con el tiempo, al punto de convertirse en delgados hilos de colores.

A la derecha, justo después de la entrada, y mirando al patio central, están las oficinas de la directora, el inspector, la psicóloga infantil y todos los administrativos. Justo después empiezan las salas, todas en el primer y único piso del colegio. Van desde cuarto medio, descendiendo un año una por una hasta rodear el patio completo y terminar por el otro lado, junto a la entrada, con la de primero básico.

No hay casino, así que durante el almuerzo la gente se sienta a comer donde pueda: en el piso del patio, en alguna de las bancas que hay afuera de las salas, o en los asientos dentro

de las salas. Y si alguien necesita comprar comida porque se le quedó la colación o el almuerzo, puede salir a la calle a comprarlo, porque no hay portero que controle la salida.

Mi sala —la de tercero medio— queda al fondo a la derecha. La mitad de mi curso vive montaña arriba y bajan, como yo, en micro. La otra mitad viene del resto de San Carmen, a pie. Cuando entro, nadie me saluda, aunque no me sorprende.

El día escolar transcurre con normalidad: en mi curso, hay siete personas sentadas en la sala —de ocho en lista—, apenas una sala por cada nivel. El curso más grande tiene solo doce personas, y los más pequeños son de dos o tres alumnos. En el tercer bloque, la profesora de lenguaje recuerda que el día siguiente la Sofi —que no vino— y Miguel Toledo —compañero de curso— tienen una disertación juntos. Ella quiere que yo se lo recuerde a la Sofi, pero no me lo dice directamente, ni siquiera me mira. Es como si yo no estuviera aquí, como si yo fuera un fantasma ajeno a este mundo.

—Oka —respondo, de todas formas. Y para variar, nadie parece oírme.

Como sea, el día pasa rápido. Muchas de las materias no tienen un profesor especializado, como química, artes y música, así que otros cubren lo que pueden con guías sacadas de internet. Por eso, acaban siendo horas muy relajadas.

Los recreos y el almuerzo los paso solo, sentado en la banca justo a la salida de la sala. Si la Sofi estuviera aquí, comeríamos juntos y conversaríamos y nos reiríamos de cualquier cosa. Pero no está y me siento solo.

En Santiago, antes de que todo pasara, tenía varios amigos. Jugábamos, conversábamos de películas y series, la pasábamos bien… ¡Claro que me gustaría tener algo así aquí! ¡Y claro que lo intenté! Durante siete meses desde que llegué a San Carmen, en marzo del año pasado, di todo de mí para lograrlo. Los seguí a todas las partes que pude sin parecer patético. Traté de sacar temas de conversación. Tiré cuantos

chistes se me ocurrieron. Pero siempre fue en vano.

¿Y ahora? Mientras termino mi almuerzo, veo a mis compañeros jugar a la pelota en la multicancha, al centro del patio. Están usando los botes de reciclaje, acostados en el suelo, como porterías —botes que batallé para que incorporaran, pero que nadie más que yo usa—. Me encantaría que me tomaran en cuenta, pero ya me resigné a ser ignorado.

Cuando las clases terminan y salgo del colegio, veo a Campanita, con su carrito de dulces y pegatinas de álbumes, en torno al cual se forma una abundante fila.

Se dice que es un hombre tan viejo como la pequeña ciudad —pueblo— misma y, por las abundantes arrugas en su rostro, no me sorprendería que fuera así. Con su cabeza casi sin pelo y un abundante bigote blanco, lleva años colocándose con su carrito cada tarde a la salida del colegio. Muchos de los profesores le compraron cosas cuando eran alumnos, incluso ha comentado que se acuerda de mi papá a la perfección. Le dicen Campanita por la campana que lleva colgada en su carrito, y que hace sonar en ocasiones especiales, como la pequeña ceremonia de graduación de cuarto medio. Es un hombre sonriente, pero un poco desconfiado de los alumnos cuando le piden fiar algún dulce o lámina. Aun así, se lleva bien con todos y es bastante insistente y persuasivo para que compres el nuevo álbum —nuevo entre comillas, porque son de la copa mundial de fútbol de hace tres años—.

Pero hoy no voy a comprar nada; quiero pasar donde la Sofi. Hace una semana que no nos vemos y quiero ir a ver cómo está. A fin de cuentas, aparte de mi papá, ella es lo único que tengo en San Carmen.

Sin embargo, tan pronto como giro en la esquina, la veo viniendo hacia mí. Me ve, hace un gesto con la cabeza y se da media vuelta. Yo, sin dudarlo, la sigo a paso rápido hasta alcanzarla. La calle por la que vamos tiene una ligera pendiente en subida.

—Mañana tienes disertación, con Miguel —es lo primero

que atino a decirle.

Está usando *esa* ropa: jeans desgastados en las rodillas, una polera gris manga corta manchada con cloro, el pelo negro tomado con una coleta, zapatillas con buen agarre, y su mochila de excursión. Ya sé a dónde vamos: a algún sendero en alguna de las montañas que rodean San Carmen. Y por las manchas color café y verde en sus pantalones y brazos, sé que ya estuvo allá hoy, sola.

En la siguiente esquina —al llegar a la calle que pasa por detrás del colegio—, nos desviamos hacia un quiosco atendido por su dueña: Gabriela Jorquera. Sus padres viven en el sector norte de la ciudad pequeña. Ella, su esposo y sus dos hijos viven aquí mismo; el quiosco es un comedor adaptado para vender dulces. El mayor trabaja como enfermero en el centro de salud, lo he visto de lejos. El menor está en sexto básico, lo he visto en los recreos y creo que el año pasado nos tocó juntos durante las alianzas del colegio.

La Sofi entra sin saludar. Yo saludo en voz alta, bien natural, pero me ignoran completamente, como era de esperarse. Ella compra dos Gansitos y salimos. No los guarda en su mochila, sino que me entrega uno y ella comienza a comer del otro.

—No tuve tiempo de almorzar, así que he comido un par de cosas chicas. Ese es para ti. Pero si no lo quieres, me lo das.

Lo abro y comemos juntos, en silencio, mientras caminamos calle arriba, hacia el oeste. Al principio no me gustaban los Gansitos, pero como a la Sofi le encantan, siempre compraba para los dos. Acabé acostumbrándome y ahora hasta me da gusto compartir uno con ella. Por eso, acepto el que me tiende y lo abro.

Mientras le doy un mordisco, pienso que es algo romántico. ¿No lo es? Que acabemos comiendo lo que le gusta al otro luego de pasar tanto tiempo juntos. Me avergüenza un poco el pensarlo, pero no puedo decirlo en voz alta, no con todo lo que le está pasando.

—¿Cómo…? —me aventuro en cuanto termino de comer—. ¿Cómo estás?

—Mñe…

Mal, ¿eh? Sí, era de esperarse. Sus padres están en pleno proceso de divorcio, luego de un escándalo vergonzoso del cual ella no quiere ni oír, pero por el cual la molestan cada vez que pueden en el colegio. Pueblo pequeño, grandes chismes. Quizá por eso prefirió ir al quiosco antes que comprarle a Campanita, porque aquí está vacío mientras que allá hay fila. Pero hay más…

—Es increíble. ¡Increíble! No puedo hilar ni una sola frase sin que alguno de los dos salte y mencione la separación, y que harán todo lo posible por quedarse ¡con hasta la última mota de polvo! Hoy le pregunté a mi papá por los parches curita, y él me mandó a reclamarle a mi mamá, que de seguro ella se los había robado para quedarse con algo luego del juicio. ¡Parches curita! ¡Son idiotas! Y después de eso no puedo decir nada más, porque de lo contrario menciona lo que pasó, tú sabes, y que mamá es una loca. Y luego mamá, que se fue a vivir a solo media cuadra, oye sus gritos y responde a todo pulmón que fue culpa de papá. Y comienza una guerra de insultos, una guerra de insultos entre dos adultos a cuatro casas de distancia, y que medio pueblo oye, y que yo oigo y… sufro. ¡Y no me digas que yo tengo responsabilidad en esto, Santiago, esto es completamente diferente! ¡Yo dejé de molestarlos hace rato! Si los vieras… ¡No puedo vivir en esa casa!

Ella se detiene, y yo también. Debe ser duro. Cualquiera pensaría que no puedo entender cómo se siente. Pero creo que aquí, en San Carmen, soy el que está más cerca de comprenderla. Lo que pasó con… Lo que pasó con mi mamá… no se parece a lo que le ocurrió con la suya, pero…

—De seguro vivir en la calle suena muy tentador ahora —le respondo con una sonrisa en el rostro.

—Ja, ja —responde ella con una risa sarcástica. Pero es una risa, a fin de cuentas—. Hablo en serio, no…

—Puedes quedarte con nosotros unos días, si quieres. Estoy seguro de que mi papá lo entenderá.

—Gracias… Quizá desde allá no se oigan las peleas, pero todo el pueblo seguirá enterándose de todo —suspira—. Odio este pueblo, odio el colegio diminuto, las películas desactualizadas, que no haya ninguna tienda decente, que todos se conozcan…

—Pero te encantan las montañas.

Ella asiente tibiamente.

—Sí, eso es cierto, pero montañas hay en todas partes. Queda poco más de un año para egresar de cuarto medio y luego adiós. Nos iremos lejos, a la gran ciudad, y me mostrarás todo, ¿verdad, Santiago?

Pensar en eso le levanta el ánimo. Una pequeña ciudad no es lugar para ella y creo que tampoco para mí. ¿Pero ir a Santiago? No sé si quiero, no sé si esté listo…

Lo recuerdo todo, fugazmente, del incidente que nos hizo venir a San Carmen: la noticia. Los reporteros. La mirada acusadora de aquella familia. Encerrado en mi pieza, podía imaginar las miradas de burla de algunos compañeros, y podía imaginar a mis amigos distanciándose. Recuerdo el miedo a salir a la calle, a que al doblar en cualquier esquina o salir del metro o la micro, me encontrara… Recuerdo las lágrimas, tanto allá como en el auto, camino a San Carmen. No creo que esté listo para volver luego de… lo de mamá. Pero no puedo decirle eso, no ahora mismo.

—Sí, iremos juntos a la gran ciudad.

Ella asiente, satisfecha, y reanuda la marcha. Sé que la idea de irse es una de las dos cosas que la mantiene cuerda día a día; me ha dicho que quiere largarse desde que nos hicimos amigos, hace casi un año. La segunda razón es el por qué vamos juntos calle arriba hacia el borde de San Carmen.

Por el sector oeste —por donde vamos—, la calle asciende más y más por la ladera de la montaña. Y a medida que subimos, dejamos atrás las casas una por una. Son construc-